

Una economía mundial en la que predomina la especulación financiera es la responsable de las grandes carencias que afectan a gran parte de la población mundial. En el último capítulo de esta obra se expone el “terrorismo financiero” al que estamos sometidos. Esa ambición desmedida y sin control por parte de los grupos financieros hace que gran parte de los recursos disponibles se dediquen a la especulación en detrimento de la actividad productiva, de los bienes y servicios necesarios para cubrir las necesidades básicas de los habitantes del planeta. Esta manera de actuar por parte del mundo financiero crea el espejismo de la abundancia cuando en realidad se “produce mucho para pocos, muy poco para muchos y, sobre todo, bastante mal para todos”. Las consecuencias son inmediatas, menos actividad, menos empleo y más desigualdad.

El capitalismo neoliberal actual con sus políticas deflacionistas, con la penetración de los inversores especulativos en las empresas, la desnaturalización de la actividad bancaria, la inestabilidad constante como norma de la economía mundial, la desregulación completa de las finanzas sin trabas ni controles, ha obtenido grandes beneficios comprando y vendiendo títulos y papel a través de un sinfín de sofisticados instrumentos financieros, pero no satisfecho de sus ingresos ha puesto su atención, y con ello su dinero, en los mercados de materias primas, en el petróleo y en el cambio climático. Logran que el precio de estos productos no dependa de la oferta y la demanda sino de la compra y venta de contratos derivados en los mercados financieros. Las consecuencias son dramáticas pues la subida de precios de productos tan básicos como el arroz o los cereales, impiden que millones de personas puedan acceder a su consumo. Un dinero que mata. Un dinero que está en mano de los mercados pero que tiene dueños, que tiene nombres y apellidos.

Pala, Giaime y Nencione, Tommaso (eds.), *El inicio del fin del mito soviético. Los comunistas occidentales ante la Primavera de Praga*. Barcelona, El Viejo Topo, 2008, 208 pp.

Por Víctor Peña González
(Universidad de Cádiz)

Con el cuarenta aniversario de los sucesos de Praga se inicia una nueva etapa en la historiografía, al menos en el panorama hispano. Pala y Tommaso

coordinan una obra escueta pero rica en contenidos, equilibrada. De esta manera, sentando unas bases amplias que permiten y permitieron el posterior avance en el estudio del fenómeno eurocomunista acotado en las coordenadas ibéricas, que desde la publicación de la obra reseñada han venido llenando de artículos las revistas científicas.

Es el eurocomunismo un sujeto hasta entonces pobremente tratado y, sobre todo, su abordaje se realizó de forma descoordinada, a menudo por protagonistas en forma de memorias, otras veces gracias a escritores más o menos sagaces. *El inicio del fin del mito soviético*, donde se citan historiadores experimentados y doctorandos, de una generación joven que no vivió aquellos acontecimientos, tiene como objetivo analizar históricamente la respuesta al proceso checoslovaco en los principales partidos comunistas de Europa occidental, precisamente aquellos quienes abanderaron en la segunda mitad de la década de los setenta el fenómeno eurocomunista.

La estructura es la propia de una obra colectiva compuesta por agregación de aportaciones, no presentándose como un corpus único, sino como tres aportaciones individuales a un mismo debate. En la coyuntura señalada, Alexander Höbel nos introduce en el marco del Partido Comunista Italiano, Maud Bracke hace lo propio con el Partido Comunista Francés, mientras que Tommaso Nencione y Giaime Pala aportan el estudio del Partido Comunista de España y del Partido Socialista Unificado de Cataluña, respectivamente.

Höbel destaca un manejo muy visible de las fuentes primarias, que sirven de hilo conductor para la línea narrativa. Esta selección de textos pertenecen todos, o prácticamente todos, a la producción de los máximos dirigentes del PCI, tanto internamente como en sus relaciones externas con otros partidos comunistas. Se trata de una aproximación a los contenidos del debate PCI-PCUS sobre el desarrollo del socialismo y las conclusiones prácticas que de ello emanan. Esta acotación a las fuentes primarias adolece de la falta de perspectiva internacional, desechando el factor geopolítico del análisis de la repercusión de la Primavera de Praga y la invasión soviética posterior en el PCI y su evolución con respecto a los acontecimientos; en este sentido las únicas referencias útiles son las alusiones a la lógica de la Guerra Fría y la ambición italiana por superar la política de bloques. El autor pone el acento en la aspiración del PCI a la independencia de los partidos comunistas, manifestado

por el fin del PCUS como partido-guía, y en la reclamación del policentrismo del movimiento comunista cuyos ecos eran la conversión del PCI en vanguardia disputando el liderazgo soviético y evocando relaciones igualitarias entre ambos partidos.

1968 se presenta en su aportación como una “fecha bisagra” en la historia, cuya resolución provocó el deslizamiento de la URSS hacia su inexorable final, lo que presenta serias limitaciones al tener en cuenta como factor decisivo de la historia reciente solo una parte de los protagonistas y de una manera superficial. La crisis checoslovaca es entendida por Höbel como catalizador del creciente protagonismo de los partidos comunistas occidentales, convirtiendo 1968 también en una fecha de ruptura con la línea política heredada de Togliatti en cuanto a la orientación definitiva del PCI. Höbel presenta también la necesidad de ahondar en la pluralidad interna del movimiento comunista hablando de “comunismos occidentales”, por cuanto cada uno buscaba su propia vía, de forma independiente, y en la medida en que una definición monolítica no representa la complejidad del fenómeno comunista. Para él el eurocomunismo sería una necesidad táctica de agruparse y ofrecerse como opción política al mundo europeo.

Maud Bracke trata de ofrecer un análisis comparado del contexto histórico de la crisis checoslovaca en el seno del PCF, de la guerra fría en Europa y de la izquierda marxista europea, usando la geopolítica para desentrañar las causas según las cuales los comunistas franceses percibían que la URSS no tenían interés en promover cambios revolucionarios en Europa occidental, producto de las contradicciones de la coexistencia pacífica. El PCF se veía claramente perjudicado por la política exterior soviética, pero su bagaje político e histórico le mantenía fiel a la Unión Soviética. El PCF no sufrió un grave desgaste ni ataques del socialismo francés debido al ejemplo que resultaba la URSS para Francia respecto a la modernización y la hegemonía estadounidense. Asimismo, el PCF necesitaba mantener una identidad revolucionaria en respuesta al mayo francés y manteniendo la tradición histórica revolucionaria. Para la autora la invasión de Checoslovaquia terminó por confirmar, para el PCF, el desinterés de la URSS por el cambio revolucionario en Occidente.

En la aportación de Bracke se da una importante revalorización de la Primavera de Praga en cuanto a proceso, dedicando un detallado apartado a

su exposición. Por otra parte, la alineación del PCF con el eurocomunismo se da, según la autora, solo cuando coincidieron dos vectores: la oportunidad de acceder al gobierno de la nación y la ruptura de relaciones fraternales entre el PCUS y los PC europeos. El uso del PCF del eurocomunismo fue puramente instrumental, guiado hacia la posibilidad de un movimiento revolucionario en Europa occidental y hacia presionar a los soviéticos para que adquiriesen algunas de sus posiciones políticas.

La última sección de esta obra corresponde a la parte española y catalana, que son tratadas, la segunda desde la visión de la militancia, su idiosincrasia y su respuesta, así como las relaciones entre dirección y militancia respecto del problema checoslovaco; mientras que la primera alude estrictamente a las relaciones entre el PCE y el Partido Comunista de la Unión Soviética, tratando de forma extendida y como hasta entonces nunca se había hecho la cuestión de las escisiones prosoviéticas en el seno del PCE, dirigidas por Eduardo García y Agustín Gómez primero, y por Enrique Líster más tarde. Para Nencioni la ruptura del PCE y del PCUS fue precipitada como consecuencia de su escasa elaboración teórica entre 1956 y 1968; la pronta secretación de elementos prosoviéticos que no consiguieron arrastrar a una parte significativa de la militancia mantuvo latente el filosovietismo mayoritario en el seno del PCE hasta ulteriores acontecimientos. Nencioni señala que la evolución del PCE desde la ruptura que supone la condena a la invasión soviética hasta su adhesión al proyecto eurocomunista no fue un proceso lineal. Por su parte, Giaime Pala afirma que la mayoría de la militancia de base del PSUC (especialmente obreros, campesinado y presos) estaban a favor de la intervención soviética, mientras que los sectores intelectuales (donde se incluirían estudiantes y profesionales) aprobaban la condena de la invasión. Pala achaca esta incondicionalidad de las bases obreras a las condiciones de clandestinidad, a la escasa formación teórica de la militancia y al conglomerado doctrinal que esas condiciones habían impuesto a la formación de una nueva militancia. En esta línea, 1968 supone un inicio de “laicización” de la militancia del partido, dotándola de una formación marxista más allá de consignas y dogmas, en consonancia con la dirección, para que desarrollaran la línea política del partido en su praxis cotidiana; esta “laicización” acabaría con el “mito soviético” dentro de la militancia comunista.